VEREDA DEL CUCO

Un hombre, en algún rincón de la tierra, pasa la vida amasando sus sentimientos—y aun sus resentimientos—, y este hecho diminuto, insignificante, que no parece importar gran cosa a nadie y que no encuentra apenas espacio en los grandes medios de difusión —ni páginas en los periódicos, ni voz en las emisoras de radio, ni imágenes en el cine y la televisión, ni menciones en los centros nerviosos de la administración mundial—, origina la creación de algo que es ya imborrable y a cuyo contacto, eternamente, el espíritu humano se reanima, se consuela o se supera.

Del político, del conductor de pueblos, del guerrero, no va a quedarnos más que un recuerdo—no siempre favorable—o una efemérides histórica: alguien que hizo algo en una fecha, y aquel acto produjo consecuencias más o menos amplias y resonantes. Y en todo caso la sensación de un gran fracaso: el haber querido apurar el poder o la fuerza hasta el límite, sin conseguirlo jamás del todo. De este fracaso—a veces, sin duda, impregnado de grandeza—nos queda el regusto amargo de un intento por empequeñecer el mundo, por someterlo a una directriz o a un yugo únicos.

El otro, el poeta—el artista—, ha hecho justamente lo contrario: en vez de empequeñecer el mundo, lo ensancha. Crea regiones nuevas y fértiles, parajes recién abiertos, comarcas amplias y exuberantes, pobladas por seres e imágenes originarias. Cuando el poeta ha sido capaz de troquelar alguna de esas piezas irisadas y brotadas de un caos sin linderos, ha enriquecido el mundo para siempre.

(Todo esto puede parecer un resto del romántico endiosamiento del artista. O quizá el habitual tópico necrológico. Pero hablo desde mí mismo y desde mi experiencia personal y, por tanto, irrefutable. La larga habitación con la calefacción demasiado fuerte, las paredes recubiertas con aislantes, la luz blanca indirecta, y fuera los árboles ya casi pelados—el gran álamo, una hilera de castaños de Indias—y la mañana oscura, brumosa. Los compañeros de trabajo llegan cansinos y con una sonrisa triste. El mundo está cerrado y sin salvación. Pero hay unos versos. Se abren los muros y surge, verde, frondosa y eterna, la vereda del cuco, con su fuente al fondo, transitada por todos. Y el mundo tiene un cauce nuevo, y por unos minutos todo lo demás es menos importante que el paraje donde puede encontrarse el rescate de la muerte. Alcanzamos así una amargura superior, la más honda y grávida paz. El día se ha ganado.)

Todos nos hemos enriquecido. Versos de Luis Cernuda, hechos de hiel y de magia, infinitas veredas surgidas de la nada y flanqueadas por olmos donde anida y grita el ave fénix.

RAMÓN BARCE